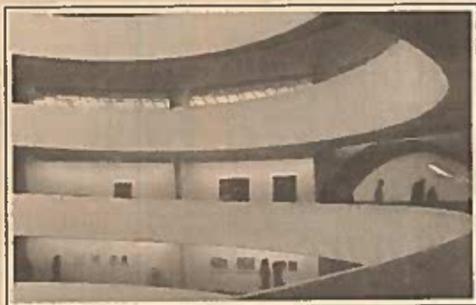




Museo Solomon R. Guggenheim. Una obra cumbre de la arquitectura.

Frank Lloyd



Wright

En 1867 se producen una revolución y una defensa del proletariado desconocida hasta entonces. Esto es debido a la publicación, por parte de la editorial Otto Meissner de Hamburgo, del primer volumen de la obra de teoría económico-social de Karl Marx, «El Capital». En este mismo año se produce el nacimiento de uno de los grandes arquitectos contemporáneos. La figura de F.L.L. Wright es difícil de encasillar, primero por su dilatada obra y segundo por su implicación constructiva en numerosos momentos y actitudes estilísticas. No obstante su rasgo más peculiar está unido a la arquitectura Orgánica. Cuando en 1933 el movimiento racionalista estaba en pleno auge, acontecen los primeros atisbos pre-bélicos y con ellos la supresión de esta disciplina. Se produce un súbito paro que puede considerarse crítico en la evolución del quehacer edílico. La más pura y dura concepción geométrica y la lógica constructiva que había entusiasmado años atrás no logró calar en el fondo de sus contemporáneos. Aquí es donde la figura de Wright cobra verdadera importancia tomando como punto de partida un exhaustivo conocimiento del hombre. La psicología experimental tendrá mucho que decir en este momento. Las sensaciones y las motivaciones de carácter personal tienen que ser tenidas en cuenta para una perfecta integración edificio-individuo. Wright persiste en su idea de una pluralidad de profesionales que se vinculen en torno al edificio: ingenieros, electricistas, geógrafos, físicos... todos son necesarios.

Según el propio arquitecto, la fatigada mirada de tantos lugares comunes ingratos, en los que la luz es rechazada por superficies lisas o cae lúgubramente en agujeros abiertos. La arquitectura orgánica vuelve a poner al hombre cara a cara con el juego de sombras y con la profundidad de la naturaleza.

Sus primeras experiencias como arquitecto se producen entre 1887 y 1898 donde su estilo denota un fuerte influjo medieval y la persistencia de su Maestro Sullivan, destacando los ejemplos de las Viviendas Francisco Terrace en Chicago y el Club de Golf en River Forest. Entre 1900 y 1903 realiza diversas Casas unifamiliares con plantas articuladas y una perfecta integración con el paisaje. En las dos primeras décadas del siglo, su estilo se vuelve orientalizante con muchos vínculos con la nación nipona. El Hotel Imperial en Tokio, demolido en 1968, dio buena cuenta de ello. El principio de la Flexibilidad, en contra de la rigidez funcional, conseguía aquí resultados llenos de inspiración.

Desde 1941 a 1955 su máxima preocupación es la búsqueda del espacio. En esta época es donde las creaciones son más atrevidas y la tecnología se funde con el aspecto poético. La Casa D. Wright, Phoenix, Arizona y la Iglesia Unitaria, Madison Wisconsin representarán este momento de significación espacial. Pero sin duda las obras maestras de Wright fueron la Casa Kaufmann, conocida popularmente como «La Casa de la Cascada» y el Museo Guggenheim de Nueva York. La primera realizada en 1936, se levanta sobre las colinas de Pennsylvania adaptándose perfectamente a las formas de las rocas. Es un canto a la horizontalidad con los grandes vuelos de la sala de estar y las terrazas superiores de los dormitorios. Supone una victoria sobre todas las trabas que desde cientos de años habían condicionado a la arquitectura. El concepto «hermético» de caja es totalmente desestimado. No existe ningún elemento constructivo que prime por encima de los demás. No existen esquemas geométricos, ni simetría ni perspectiva, las únicas leyes que mandan son la libertad y la innovación. La intercomunicación del exterior con el interior está asegurada por la integración de la arquitectura en un paisaje rocoso, vegetal y surtido de manantiales.

Técnicamente su osadía no tiene límites al asentarla sobre una gran cascada de agua. Aprovechando al máximo las innovaciones más vanguardistas del momento, siendo esto una constante en los edificios de Wright. Hubo polémica por parte de los sindicatos de obreros que temían que se hundiera la gran terraza al suprimir el andamiaje. Nada más lejos de la realidad. Una Comisión Técnica verificó la obra garantizando su estabilidad. Este edificio supone la verdadera fusión entre el hombre y la naturaleza adornado con una visión romántica. Su segunda gran obra es el Museo Solomon R. Guggenheim de Nueva York, realizado en 1959. Por sí solo a constituye una denuncia hacia la construcción cuadrículada de la citada ciudad. Se trataba de concebir un espacio abierto con una suave y continuada rampa helicoidal. De esta forma los visitantes al Museo son elevados a la parte superior mediante un ascensor y cómodamente descienden por la rampa viendo las obras. De este modo no hay esquinas ni sensación de límite. La luz procede de una cúpula central y la rampa está unida a la pared siendo además parte estructural. Muchos lo consideran como un edificio erético, pues se salta los trámites convencionales de salas-precinto unidas entre sí pero sin continuidad. La típica concepción de «catedral del Arte» enfatizada por un frente majestuoso de columnas se desmorona. Wright ejecuta una gran máquina circular donde su concepción espacial se acerca más a un super-parking que no a un Museo. Si en la Casa de la Cascada predominaba la horizontalidad, en el Museo de la Quinta avenida neoyorkina todo el protagonismo se lo lleva la línea curva. Las interminables curvaturas invaden el ambiente de una agradable infinitud. Frank Lloyd Wright muere en 1959 aportando a la Arquitectura una enorme frescura y lo más importante de todo, partiendo siempre de la individualidad del hombre.